

## La libertad creadora en el pensamiento y la obra de G. K. Chesterton

JUAN CARLOS DE PABLOS

Universidad de Granada

Hay dos facetas de la vida y personalidad de G.K. Chesterton que siempre me han llamado la atención, al resultar potencialmente contradictorias: por un lado, la fascinación por los cuentos de hadas; por el otro, su afán discutor y polemista. Me parece que los cuentos de hadas se asocian a una actitud soñadora, propia de quien posee una fantasía e imaginación desbordantes, una especial sensibilidad, y una singular capacidad para emocionarse. Por el contrario, la propensión a la discusión –que Chesterton manifestó desde muy joven– nos habla de no aceptar directamente las proposiciones que se realizan, de poner en tela de juicio los discursos de los demás e la propia realidad que se da por supuesta, y no sólo el carácter racionalista del discutor, sino su talante desafiante, retador y ciertamente agresivo, al menos en los planos dialéctico e intelectual. ¿Cómo podían ser ambas tendencias compatibles en la misma persona? ¿Cómo conciliar la aceptación maravillosa de la realidad con la actitud de quien continuamente le está buscando los tres pies al gato? Si no fuera porque conocemos al protagonista –que además nos ha enseñado a disfrutar de las paradojas–, hubiéramos dicho que eran imposibles de conciliar. Y cuando más lo conocemos, mejor entendemos que estos aspectos no sólo no son incompatibles, sino que son absolutamente imprescindibles para entender la vida y la obra de Chesterton. La *llave* de éstas y otras manifestaciones de la obra de G.K. que analizaremos en este texto, ésa metáfora tan querida por Chesterton para entender la realidad (*Ortodoxia, Autobiografía*), es la libertad creadora.

Desde luego, Chesterton es, a pesar de su sencillez personal, bastante complicado. Para entenderlo hace falta un marco: al propio Chesterton le gustaban las ventanas, tal y como destaca en su *Autobiografía*, precisamente porque una ventana es fundamentalmente un medio a través del cual se puede ver. Esto es precisamente lo que aquí presento brevemente. La obra de Chesterton es tan amplia y compleja que precisa algún tipo de orientación al aproximarse a ella, desde luego más por el lector que por el autor: al construir el marco –que ciertamente es una limitación– se realzan determinados aspectos y se tiene una idea más cabal de la orientación del conjunto de su obra. Particularmente, me parece que en Chesterton confluyen varias dimensiones que configuran ese marco:

- La gracia y la originalidad del literato, del artista.
- La profundidad y solidez del filósofo.
- La agudeza y finura del observador y analista de su época, que interpreta las señales de los tiempos.
- La inteligencia y la bondad del maestro, que muestra lo relevante y guía a otras personas.<sup>1</sup>

Así, para construir el marco, he organizado las dos primeras características en un eje, que podemos llamar *eje de la vida*, de la creación o del artista; y las otras dos en el *eje del entorno social*, de la acción, o incluso del profeta, por el contenido común de sus escritos relativos a la sociedad. En el centro de los dos ejes, en el punto de encuentro, se halla la libertad creadora, como cualidad exclusiva de los seres espirituales.

---

<sup>1</sup> No obstante, a pesar de la amplitud del marco propuesto, he de indicar que mi actual principal interés sobre la obra de Chesterton está en el diagnóstico que realiza del mundo de hoy. Por más que las ciencias sociales lleven dos siglos intentando comprender el mundo moderno, esta tarea siempre estará inacabada, pues el punto de vista actual siempre modificará la perspectiva y la comprensión de los hechos. Considero que la visión de Chesterton es particularmente adecuada para comprender nuestra sociedad y proponer soluciones.

## 1. El eje de la vida, del artista

Hay un texto de Chesterton, un fragmento de un relato llamado *Los países de colores*,<sup>2</sup> en el que un joven se encuentra a disgusto con su entorno, con su propio hogar. Entonces aparece de súbito un personaje que se autodenomina su hermano perdido, que le presta gafas de distintos colores con los que ver el mundo que le rodea y tan aburrido le parece. Le cuenta cómo él también sintió lo mismo y cómo acabó resolviendo el problema, con ayuda de los secretos que le descubrió un mago:

“Entonces el Mago me dijo, con cierta impaciencia, que me hiciera un mundo acorde a mis gustos, pues ya estaba harto de oírme quejarme por todo.

Así que me puse a trabajar con mucho cuidado; primero acumulando una gran cantidad de azul, porque pensé que haría destacar una especie de cuadrado de blanco en el medio; y luego se me ocurrió que un reborde de una especie de oro añejo quedaría bien encima del blanco; y desparramé un poco de verde por la parte de abajo. En cuanto al rojo, ya había descubierto su secreto. Si quieres aprovecharlo al máximo has de utilizar muy poco. Así que sólo dispuse una hilera de pequeñas manchas de rojo brillante y justo sobre el verde; y a medida que iba trabajando en los detalles, poco a poco me di cuenta de lo que estaba haciendo, que es algo que muy poca gente descubre jamás en este mundo. Descubrí que había recreado, fragmento a fragmento, precisamente el cuadro que tenemos aquí frente a nosotros. Había hecho esa granja blanca con el techo de paja y el cielo veraniego tras ella y ese césped verde por delante; y la hilera de flores rojas tal y como la estás viendo ahora mismo. Y así es como acabaron ahí. Pensé que podría interesarte saberlo.

Habiendo dicho esto, se volvió con tanta celeridad que Tommy no tuvo tiempo de volverse para verle saltar sobre el seto, pues se había quedado mirando fijamente la granja con un brillo nuevo en la mirada”<sup>3</sup>.

Este texto –que interpreto metafóricamente, como hay que hacer con muchos de sus relatos– me resulta fascinante, por la densidad de aspectos que podemos descubrir relativos a la forma de entender el mundo que tiene Chesterton:

<sup>2</sup> Incluido en el volumen recopilatorio del mismo nombre, que recoge relatos ilustraciones de diversas épocas de la vida de Chesterton, publicado póstumamente en 1938. Ha sido publicado en España: G. K. CHESTERTON: *Los países de colores*. Madrid: Valdemar, 2010.

<sup>3</sup> *Ibid.*, 20-21.

- El Mago proporciona tanto los materiales como la orden de hacerse el mundo a su gusto. Recuérdense la frase de *Ortodoxia*: “Dios no nos ha dado los colores en el lienzo, sino en la paleta” (cap.7).

- El chico que ha pintado es el mismo Chesterton, colocando los colores y advirtiendo las relaciones entre ellos, hablando de su proceso de maduración.

- El mundo creado representa también la obra de quienes llegaron antes que nosotros, realizada con más o menos cabeza, según su comprensión de la realidad. Es decir, la realidad que está ante nosotros es obra nuestra, y es maravillosa, aunque no seamos capaces de verla siempre así. La idea de hacerse un mundo al propio gusto con las herramientas a su disposición es la idea de la vida humana en general, que la Modernidad sitúa esta posibilidad –con la razón como instrumento principal– en el centro de su universo conceptual. En cualquier caso, el libre albedrío, la posibilidad de tomar decisiones –y verse o vernos afectados por sus consecuencias–, es uno de los temas centrales para Chesterton.

- La combinación de colores es por tanto el resultado de nuestra labor. Supone la experiencia de haber utilizado antes las pinturas, lo que significa hacerlo con las precauciones adecuadas. Por ejemplo, si abusamos de un color puede estropear la estampa en su conjunto, y los colores más fuertes –los que más resaltan– han de ser utilizados con prudencia y moderación, so pena de echarlo todo a perder.

- Así, encontramos la paradoja de hacer uno mismo el mundo que ya estaba hecho de antemano, asumirlo como propio y perfeccionarlo con nuestra tarea. La metáfora global es la del piloto náutico inglés que Chesterton glosará en *Ortodoxia* y en *El hombre eterno*: la de quien descubre un mundo que ya estaba descubierto –no sólo conocido, sino familiar–, y abre los ojos a la realidad circundante, asumiéndola y perfeccionándola.

Para mí esto es muy interesante: veo al autor del relato volviéndose consciente de que está dentro de otro relato de dimensiones cósmicas. Ésa es la metáfora de la trascendencia, considerada uno de los puntos clave de la obra de Chesterton, que tan estupendamente glosa al concluir el capítulo 4 de *Ortodoxia*: la existencia de un creador que establece

las condiciones y el sentido de este mundo de *contornos anticuados* que nos ha tocado vivir, y que se muestra ante nosotros con la fuerza de un milagro, milagro que manifiesta la potencia del espíritu sobre la materia (cap. 8)<sup>4</sup>.

En mi opinión, es el acto de crear, es decir, de la creación artística –la obra de arte en general: pintura, poesía, literatura, etc.– lo que lleva a Chesterton a pensar en la trascendencia, en la necesidad de una inteligencia creadora... que esté en el origen de todo, que además le proporciona personalmente la posibilidad de ser continuador de esa magnífica potencia: es consciente de ser un pequeño dios que puede crear mundos, engarzados en mundo más grande creado por un Dios infinitamente más grande, o también realizarlos en su contra. Ahí está la libertad, la razón, el amor. Todo lo que nos hace buenos y sensatos –la *sanity*, la mente saludable, el sentido común– son cualidades que alguien diseñó para nosotros, como nosotros diseñamos los colores de nuestro paisaje. Y a esto dedica Chesterton su inteligencia por entero.

Al decir que la libertad creadora está en el centro del pensamiento de Chesterton, me refiero sobre todo a la libertad espiritual. No es la libertad de pensamiento –como quien es libre para pensar cualquier cosa, sobre la que tanto ironizó–, sino sobre todo la libertad del espíritu por excelencia, la libertad para llevar a cabo proyectos –y proyectos permanentes en el tiempo–, que es la libertad de Dios. Y por extensión, la libertad del ser humano. Creo que en el texto recogido se puede ver bien esto, así como en la idea que tiene de quienes lo sacaron de su postración melancólica, cuando el joven Gilbert tenía en torno a veinte años: Dickens, Browning, Stevenson y Whitman: la realidad que nos rodea es creada, ya sea la naturaleza, los relatos o la misma vida social.

Chesterton se sintió igualmente libre para crear, y lo hizo de una manera ingente y variada, pues cultivó multitud de géneros. Sus obras están constituidas por mundos fantásticos e improbables –cualquiera de sus novelas largas, todas ellas imbuidas de un sentido alegórico que supera con creces al sentido realista convencional– y mundos verosími-

---

<sup>4</sup> Aunque *Herejes*, *Ortodoxia* y *Lo que está mal en el mundo* constituyen una cierta unidad, la obra clave para entender la visión central de Chesterton es sin duda *Ortodoxia*, a la que hay que volver una y otra vez.

les –como sus novelas cortas e historias de detectives–, de formas realistas que le granjearon el fervor y admiración de sus colegas de género<sup>5</sup>. Cultivó la poesía, en sus formas más sencillas y espontáneas y también grandes poemas heroicos. Para su colaborador Titterton<sup>6</sup>, es lo más perdurable de Chesterton, por más que a nosotros nos cueste cierto trabajo disfrutarla en versiones traducidas. Sin embargo, hay también una poesía en prosa constituida por la multitud de sus ensayos, hermosísimos paisajes, retratos de situaciones y personas, en sus aspectos más sanamente espirituales o bien, humana y profundamente materiales, que nos hacen sentir, pensar y disfrutar.

Para Chesterton, si existe el poder creador, existe la posibilidad de dominio sobre la propia vida. Para atestiguarlo, él mismo, que se empeñó en no dejarse arrastrar por la pendiente del diletantismo y la melancolía, mientras luchaba por encontrar una verdad que guiara sus pasos. Pero Chesterton, era por su tiempo y su carácter, un hombre moderno:

“Como lo suelen hacer los chicos precoces, yo quise adelantarme a mi tiempo; como ellos, quise adelantarme, aunque fuera unos diez minutos, hacia la hora de la verdad”.

Lo que no podía imaginar al principio de su andadura era el final de la misma:

“¡Y todo para descubrir, a la postre, que andaba yo atrasado en unos mil ochocientos años! Y extremé la voz con penosas exageraciones juveniles para pregonar mis verdades. Y recibí el castigo más ingenioso, y que era el que más me convenía: porque, aunque con mis verdades me quedo, ahora caigo en la cuenta, no de que sean falsas verdades, sino simplemente de que no son mías. Cuando yo creía marchar solitario –¡oh contradicción cien veces ridícula!- toda la cristiandad me estaba empujando por la espalda. Es posible, y el cielo me perdone, que haya pretendido ser original: pero la verdad es que mi invento no resultó ser más que una mala copia de las tradiciones construidas por la religión civilizada que todos conocen. El piloto de mi ejemplo creyó ser el primer descubridor de Inglaterra, y yo creí ser el primer descubridor de Europa. Quise ensayar alguna herejía por

---

<sup>5</sup> En mi opinión, el gusto de Chesterton por las novelas detectivescas no es ajeno al propio sentido misterioso de la vida cotidiana, muy bien reflejado en la psicología de los personajes que aparecen en las historias del padre Brown.

<sup>6</sup> W. R. TITTERTON: *G.K. Chesterton, mi amigo*. Madrid, Rialp, 2011.

mi cuenta y, al darle los últimos toques, me encontré con que mi herejía era la ortodoxia.” (*Ortodoxia*, cap. 1).

Esta contradicción de los modernos la superará de forma increíble y, aunque a veces se le considere conservador, su afán de libertad y su espíritu serán siempre modernos, como lo es el mismo planteamiento de que el mundo está en nuestras manos, que veremos a continuación. Pero antes de llegar a él, ha de quedar clara su osadía a la hora de intentar comprender el mundo, pues su mente no podía quedarse quieta. Si Chesterton es un auténtico filósofo –como opina Salvador Antuñano– o un mero ensayista, corresponde a otros decirlo. Lo cierto es que Chesterton no puede dejar de llegar al fondo de las cuestiones. Y será en su modo de llegar –lo mismo que en la forma de presentarlo– donde alcanzará grandes cotas de originalidad, compartida tanto con la coherencia de sus planteamientos intelectuales como con el *sistemático desorden* en la forma de presentarlo. Al menos, es contundente en sus conclusiones:

“El hombre está hecho para dudar de sí mismo, no para dudar de la verdad, y hoy se han invertido los términos. Hoy lo que los hombres afirman es aquella parte de sí mismos que nunca debieran afirmar: su propio yo, su interesante persona; y aquélla de que no debieran dudar es de la que dudan: la Razón Divina” (*Ortodoxia*, cap. 3).

## 2. El eje del entorno social, del profeta

La libertad creadora es el centro del primer eje que nos ayuda a entender a G. K. –entre el poder creador de Dios y el poder creador de los artistas–, pero es también, en virtud de la paradoja, el centro del segundo eje de nuestro marco, dedicado a la vida social de los seres humanos, que –a través de los medios que tienen a su disposición– erigen la sociedad en la que viven ellos y vivirán sus descendientes. Esta segunda dimensión se expresa en G. K. en un conjunto de posibilidades o de tareas que tienen en un extremo al potente observador y analista que es Chesterton, y en el otro al maestro, al guía, al profeta, que interpreta esas señales y las traduce en expresiones que orientan al resto de los mortales a través de sus escritos. Es probable que Chesterton hubiera negado esta faceta si se la atribuyésemos directamente, pero la realidad es que él mismo era consciente de su influencia en la sociedad y por eso una y otra vez se em-

barcó en aventuras intelectuales que –incluso en contra de sus propias apetencias– acabaron por hacer de él lo que fue: un peculiar indagador de su tiempo y un auténtico profeta para su época y para la nuestra, que es su continuación.

Esta dimensión está estrechamente relacionada con las ciencias sociales. Es la dimensión en la que el ser humano se muestra como es: tanto la fantasía de las creaciones literarias como la realidad metafísica de su propia existencia vienen a contrastar con el hombre real, que tanto fascinaba al propio Chesterton: el hombre de la calle, tan humano y tan... corriente, tan lejos del aristócrata que frecuentemente critica. Observaciones de carácter sociológico, antropológico y psicológico aparecen continuamente diseminadas en todas sus obras. Los problemas que suscita la vida humana y social –desde las relaciones con el vecino al patriotismo y al imperialismo, desde la actitud pesimista ante la vida o las alegrías de la amistad y la familia, desde la propiedad privada a las representaciones de las diversas facetas de las actividades humanas, todo aparece en los escritos de Chesterton, siempre tratado con novedad, agudeza y buen humor, según su estilo peculiar, recogiendo frases de la sabiduría popular y relacionándolo con elementos históricos o culturales:

“Nos hacemos nuestros amigos; nos hacemos nuestros enemigos; pero Dios se hace nuestro vecino. De aquí que llegue vestido con todos los terrores de la naturaleza: es tan extraño como las estrellas y tan descuidado e indiferente como la lluvia. Es el Hombre, la más terrible de todas las bestias. Por eso, las antiguas religiones y el antiguo lenguaje bíblico demostraban tan aguda visión cuando hablaron, no de nuestros deberes para con la humanidad, sino de nuestros deberes con nuestro vecino” (*Herejes*, cap. 14).

Chesterton sube y baja en el grado de detalle de lo que escribe, a veces muy concreto –referido a las relaciones interpersonales–, a veces muy general:

“La ciencia significa especialidad, y la especialidad significa oligarquía. Una vez que se establece la costumbre de confiar a determinados hombres que deduzcan determinados resultados en física o astronomía se deja abierta la puerta para la demanda, igualmente natural, de que se confíe a determinados hombres que realicen determinadas cosas en el gobierno y en la coerción de los hombres” (*Herejes*, cap. 16).



Unas veces el estilo se parece más a las ciencias sociales, otras menos, siempre con la misma salvedad que la filosofía: sus observaciones y análisis están desperdigados por toda su obra y hay que recolectarlos por todas partes, para gozo y disfrute –la mayoría de las veces; otras, para desesperación– del que se encarga de hacer la recopilación.

A Chesterton le gusta estudiar los principios de la acción tanto como sus consecuencias, como se ve en esa cita, relativa a una sociedad científica como la nuestra. Lo que es claro es que la obra de los seres humanos –ese paisaje que pintaba el protagonista de nuestro relato– puede volverse contra los seres humanos; la misma Modernidad es resultado de nuestra acción y de algunos de nuestros ideales. Su visión sería la que hoy denominamos un enfoque constructivista, basado en las posibilidades de cursos alternativos para nuestras acciones:

“Puede ser exacto –lo es en su conjunto– que la máquina social que hemos fabricado sea mejor aún que la anarquía. Pero es una máquina, y nosotros la hemos hecho”<sup>7</sup>.

Se basa en la libertad porque son los seres humanos los que tienen en sus propias manos no sólo los destinos individuales, sino que, a través de la actuación conjunta, mediante la generalización de sus consecuencias, inciden definitivamente en las vidas de los demás. Encontramos de nuevo, la libertad de los espíritus, nada más opuesto al rígido determinismo, nada que ver con inmutables leyes de la historia ni otros estrictos marcos interpretativos, como el positivismo o el evolucionismo, tan en boga entonces.

Por eso, las actitudes básicas ante la vida –*optimismo* y *pesimismo*, analizados en todas sus posibles variantes– estarán constantemente presentes en sus escritos, puesto que organizan la visión humana a favor de la acción o en su contra. Chesterton, que se declarará *optimista irracional* (*Orthodoxia*, cap. 5), siempre piensa que es posible cambiar el mundo, tras un análisis minucioso. No deja de ser significativo que siempre se consideró a sí mismo en la encrucijada, siempre tuvo que actuar, que escribir un nuevo artículo o libro, continuar con alguna empresa editorial, plantear una cuestión de orden político o social, porque le urgía la trans-

---

<sup>7</sup> G. K. CHESTERTON: *Alarmas y digresiones*, en *Obras completas*, vol. I. Barcelona: Plaza y Janés, 1053-54.

formación de la sociedad.

Así, la aguda capacidad de observación y análisis de Chesterton –su visión sociológica– tienen en él un carácter instrumental, pues la finalidad de sus escritos es siempre práctica, no meramente especulativa. Escribe para las personas: primero para hacerles pasar un buen rato de lectura, después para hacerles pensar, razonar y actuar. Por este afán y, sobre todo, por la calidad de sus consejos y advertencias, considero que Chesterton es un auténtico maestro, pudiendo aplicársele el rango de profeta, en el sentido más pleno de la palabra: no meramente de quien asegura que algo va a pasar –que lo es en muchas ocasiones, dada la agudeza para intuir aspectos imprevistos para la mayoría del mundo que se avecinaba, es decir, el nuestro– sino que posee una visión grandiosa, cósmica, que interpreta con finura los pequeños detalles del mundo circundante y propone a los seres humanos ideas y modos de comportamiento. La primera y una de las más importantes, que no olviden que el centro de la vida humana se halla en el propio hogar, y lo que eso representa para las personas, esencialmente la familia y los amigos. Esto en una época en la que los ideales nos empujan a volcarnos en planes de acción caracterizados por la actividad exterior, el activismo loco, que nos deja sin tiempo ni fuerzas y que, cuando uno se distancia lo suficiente, comprende el sentido insuficiente que son capaces de proporcionar.

### 3. Conclusiones

“La libertad intelectual y sentimental no es cosa tan sencilla como a primera vista parece, y casi requiere un equilibrio de leyes tan complicado como el que gobierna las libertades sociales y políticas. El anarquista de la estética que se propone sentirlo todo libremente, acaba por enredarse en una paradoja que le impide completamente sentir. Rompe los límites de su hogar para ir en seguimiento de la poesía, pero al quebrantar las familiares cadenas pierde también el sentimiento de su propia Odisea. [...] Porque si entre usted y el mundo se interpone un muro, lo mismo da que usted se imagine estar encerrado dentro o fuera del mundo” (*Ortodoxia*, cap. 6).

La idea de la libertad es una idea compleja, que Chesterton trata de enriquecer. Si por un lado significa controlar nuestras decisiones y nuestras acciones, la libertad no es arbitrariedad: determinadas normas rigen nuestra vida, como rigen los planes de Dios, que no puede saltarse las reglas de la lógica para la construcción de este mundo, una vez que ha sido decidido como es.

La interacción entre la libertad y las reglas es, si puede hablarse así, el *pasatiempo* de Chesterton. No es un discurso teórico sobre emancipación –muy característicos de la Modernidad–, sino un análisis fino de las normas que nos rodean, incluyendo las que rigen la vida social y las que voluntariamente aceptamos y que son las que intensifican nuestra vida, como cuando apostamos, o se plantea la libertad de comprometerse y de ser tomado en serio (*Ortodoxia*, cap. 7). Una vez que la libertad se ha afirmado –a través de su correspondiente argumentación– lo más interesante es investigar las condiciones en las que se lleva a cabo, a través de los distintos tipos de reglas, ya sean lógicas, de conocimiento, reglas humanas o sociales. Porque la libertad no excluye reglas, sino que se realiza en ellas:

“Los peligros, recompensas, castigos y realizaciones de una aventura han de ser reales, o la aventura no sería más que una engañosa y desalentadora pesadilla” (*Ortodoxia*, cap. 7).

El mundo de las ideas no debe estar desvinculado de la vida real, pues aquellas tienen influencia sobre nosotros, a través de las actitudes que fomentan y desarrollan en las personas, que se materializan en comportamientos concretos, así como en las condiciones de vida que establecen:

“Ésta es la enorme herejía moderna que consiste en alterar el alma humana para que se adapte a sus condiciones, en lugar de alterar las condiciones humanas para que se adapten al alma humana”<sup>8</sup>.

Considero que esta manera de entender a Chesterton es además formalmente fiel a su propia interpretación del mundo, expresada en *Ortodoxia*: frente a las ideologías modernas, redondas pero limitadas, la paradoja de la cruz acepta el misterio en el núcleo de su encrucijada, lo

---

<sup>8</sup> G. K. CHESTERTON: *Lo que está mal en el mundo*. Barcelona: Acantilado, 2008, 99.

que le permite extenderse en todas direcciones sin limitación alguna. Del mismo modo, la libertad creadora es para Chesterton el núcleo misterioso que le permite la extensión de su obra en todas las direcciones, y a nosotros el placer de conocerlo y estudiarlo.